

### 3. EL ESPÍRITU HUMANO EN EL HOMBRE INTERIOR

#### Funciones del espíritu regenerado

Así como en el alma, en nuestro espíritu humano existen tres partes: La conciencia, la intuición y la comunión; es decir, son tres funciones de nuestro espíritu regenerado, con las cuales es necesario que nos familiaricemos para que podamos tener conocimiento del andar según el espíritu regenerado. El día en que nacimos de nuevo y recibimos la vida de Dios en el espíritu, ese día nuestro espíritu empieza a ejercer estas tres tareas tan necesarias en la vida espiritual del creyente. Cuando experimentalmente no hay claridad sobre las funciones del espíritu, es fácil confundirlas con las facultades del alma, que, como hemos dicho, son nuestros propios pensamientos y sentimientos. Esta confusión trae desorientación. El espíritu humano no se puede ver, pero mediante la vida de Dios en él, se hace sentir mediante estas funciones. Hablemos un poco en detalle de cada una de estas funciones del espíritu humano regenerado.

**La conciencia.** Además de otras citas tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, si comparamos Romanos 8:16 y Romanos 9:1, nos damos cuenta que la conciencia es una función del espíritu. Leemos: *“El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:16). *“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo”* (Ro.9:1). Vemos claramente cómo en el primer versículo el Espíritu Santo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, y en el segundo es la conciencia la que da testimonio con nosotros en el Espíritu Santo, de manera que nos está mostrando que la conciencia se encuentra en nuestro espíritu humano regenerado, como parte y función del mismo. La conciencia es la parte principal de nuestro espíritu.

¿Cuál es la función de la conciencia? Dios es santo y quiere que nosotros seamos santos, y uno de los medios que usa para guiarnos por el camino y desarrollo de la santificación es la conciencia, por medio de la cual nos convence de pecado y reprueba nuestros actos pecaminosos, y nos aprueba y nos alienta en nuestras acciones justas. La conciencia

#### *La Vida del Hombre Interior*

es el órgano para distinguir el bien del mal; es decir, por la conciencia tenemos el conocimiento de lo bueno y lo malo. La conciencia protesta ante todo lo que desagrada al Espíritu Santo, todo lo que trata de manchar la morada que el Señor compró y limpió para Él. La clave para no ser derrotados en nuestra vida espiritual, es obedecer la voz y el mover de la conciencia en nuestro espíritu.

Cuando el hombre cayó en el Edén, su espíritu murió, y con él murieron sus funciones espirituales. Ya no pudo seguir ejerciendo la intuición, y mucho menos la comunión con Dios; pero Dios, en Su misericordia, permitió que algo de la actividad de la conciencia quedara en función para que el hombre pudiera tener un poco de luz que le ayudara a distinguir entre el bien y el mal. No es que la conciencia del pecador esté viva, pues no tiene la vida de Dios, sino que opera a manera de ayuda para los sentimientos humanos.

Mediante la conciencia, el Espíritu Santo en nuestro espíritu convence de pecado, pero donde convence particularmente es en nuestro corazón, y la conciencia también hace parte del corazón. Leemos en Juan 16:8 *“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”*. Sin la conciencia, nadie tendría convicción de que es pecador. Si la conciencia del hombre no fuese despertada de su sopor, nadie podría ser salvo.

La auténtica adoración y comunión con Dios exige una conciencia purificada. Si uno adora a Dios en la mente, a la manera religiosa, puede hacerlo con una conciencia contaminada; pero note lo que dice Hebreos 9:14: *“¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo?”*. También leemos en Hebreos 10:2: *“De otra manera, ¿no habrían cesado de ofrecerse, por no tener ya los adoradores, una vez purificados, conciencia de pecado?”* El Espíritu Santo empieza a purificar, limpiar e iluminar nuestra conciencia en nuestro espíritu regenerado. Vemos, pues, que en la operación de regeneración del espíritu, para poder tener comunión con Dios y el espíritu ejercite su función de la intuición, es necesario que la conciencia haya despertado de su sopor y haya sido purificada por la sangre del Cordero de Dios.

Estamos viendo la importancia de la conciencia en la vida espiritual

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

del creyente. Muchos hermanos tienen la preocupación de cómo ser llenos del Espíritu Santo y vivir una vida victoriosa en la voluntad de Dios; pues el camino es estar atentos a la voz de la conciencia y dejarse guiar por ella y no por los pensamientos y sentimientos carnales. En la vida espiritual hay un semáforo que se llama la conciencia. No infrinjas su dirección y control y vivirás una verdadera espiritualidad. ¿En este momento no hay claridad en tu andar con relación a Dios? La conciencia, bajo el total control del Espíritu Santo, te da testimonio de ello. ¿Vas mal espiritualmente? Tu conciencia te lo dice. Si vas mal, ella te condena; ojo, debe haber un arrepentimiento genuino. Una cosa es que nos arrepintamos y otra muy diferente que fabriquemos nuestra propia coartada, o razones, o disculpas, o hagamos cosas “buenas”, para tratar de apaciguar, aliviar o extinguir la protesta de la conciencia.

La conciencia discierne la voluntad de Dios por medio de la intuición del espíritu, y se la trasmite al corazón del creyente. No hay manera de razonar con ella, y si alegamos, no habrá manera para que la preciosa sangre nos purifique. Si el cristiano pudiese andar por la razón sin recibir la condenación de la conciencia, ¿para qué la revelación de Dios? Nosotros pudiéramos razonar que lo que hacemos está muy bueno; incluso es bíblico, pero las obras, por muy espectaculares que sean, sin obediencia no le sirven a Dios. Todos nosotros necesitamos que la conciencia nos examine en detalle y que muchas de nuestras áreas y pecados sean pasados por el juicio uno por uno y llevados a la cruz, a fin de que sean perfeccionados nuestra consagración y servicio, y nuestra espiritualidad no sea imaginaria. Mientras yo no me juzgue, lo único que me puede liberar es el juicio del Señor; y es muy difícil que yo me pueda juzgar correctamente mientras no haya plena luz en mi conciencia.

Un creyente sin ser tratado por la conciencia, no tiene capacidad de conocer en su justa medida lo que es la santidad, la pureza de corazón, la justicia, la sinceridad, pues mediante la intuición el Espíritu Santo nos ilumina para que veamos las cosas como Dios la ve, y de eso da testimonio la conciencia que no está bajo acusación. Al respecto dice Pablo en 2 Corintios 1:12: *“Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros”*. Si no tenemos buen testimonio

*La Vida del  
Hombre Interior*

de nuestra propia conciencia, de poco nos puede servir el testimonio de otros. Muchos hermanos prefieren buscar el testimonio de otros, lo cual suele ser incierto, o en el mejor de los casos errado y perturbador. Mientras no hayamos madurado espiritualmente y no haya claridad suficiente en nuestra conciencia, nuestra naturaleza de pecado nos impide reconocer muchas obras escondidas en nuestra carne; pues nuestro hombre exterior no ha sido quebrantado. La Escritura está llena de citas sobre tener una buena conciencia para con Dios y para con los hombres (cfr. Hechos 23:1).

La conciencia nos juzga conforme el grado de conocimiento que tenga. No todos los hermanos tienen el mismo grado de conocimiento acerca de Dios, pero debemos andar según la luz que hasta el momento poseemos. Leemos en 1 Juan 1:7: *“Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado”*. En la medida en que nuestra luz sea aumentada, vamos siendo conscientes de pecados que aún no habían sido quitados de nuestra vida, y en esa misma medida de conocimiento nos va condenando nuestra conciencia; de manera que mientras vayamos creciendo en luz, no significa que hemos llegado en algún momento al objetivo definitivo de nuestra vida espiritual. Según el estadio espiritual que hayamos alcanzado, así vamos recibiendo más revelación de Dios.

El Espíritu Santo va obrando en ti el crecimiento espiritual, y la conciencia de tu espíritu se va llenando de luz; en la medida en que tu conciencia tenga más luz de Dios, puede juzgar mejor tus actos y llevarte a la verdad, y a medida que vas percibiendo la verdad del Señor, tú vas siendo más libre. Conocerlo a Él es ser libre. Hay cosas que el Señor te quiere enseñar, pero por el momento tú no estás capacitado para recibir las; te falta más madurez espiritual. Te falta un trabajo que sólo puede realizar en ti el Espíritu de Dios. <sup>12</sup>*“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. <sup>13</sup> Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”* (Juan 16:12,13).

Para que la conciencia cumpla eficientemente con su función de santificarnos, debe ser tratada por el Señor y llenarla cada día más de luz. Para ello es necesario que primeramente sea tratado nuestro

corazón; a medida que tengamos un corazón puro y sencillo, la conciencia podrá actuar con plena eficiencia. ¿Cómo es tratada la conciencia? Por medio de la confesión y la limpieza de toda mancha de pecado, conforme 1 Juan 1:1-9.

**La comunión.** La comunión con Dios tiene íntima relación con la adoración; si no hay perfecta comunión con el Señor, la adoración no es auténtica. La función de adoración se encuentra en nuestro espíritu. Dijo el Señor a la samaritana: *“<sup>23</sup>Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.<sup>24</sup>Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”* (Juan 4:23,24). Todo lo que heredamos de Adán, lo externo, estorba en nuestra vida, servicio y adoración a Dios. Dios ha venido a morar en nuestro espíritu por Su Espíritu, y es en ese lugar donde debe estar todo lo que somos, lo que tenemos y lo que hacemos en nuestra condición de nuevas criaturas. Todo se lo hemos debido entregar al Señor el día que Él vino a morar en nosotros. Si algo no emana del espíritu, sino de nosotros mismos, es vanidad. Al espíritu no le interesa exhibirse, a la carne sí. Lo del espíritu es auténtico, lo del alma carnal es engañoso.

En Efesios 6, al tratar sobre las seis partes de la armadura de Dios, puede considerarse que el versículo 18 trata de la séptima parte de la misma, es decir, la oración, que es la forma de recibir la armadura, pero que sea oración en el espíritu regenerado. Allí dice: *“Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos”*. Orar en el espíritu es tener comunión con Dios, y ese es un asunto de nuestro espíritu, el cual, cuando tiene contacto con Dios, llega a regocijarse en Dios (Lucas 1:47) y a tener una auténtica adoración.

Las religiones, empezando por el judaísmo, han reducido el culto a formalismos, liturgias ancestrales y ceremonias externas, asunto que ha invadido el corazón mismo del cristianismo. Desde el primer siglo hubo en la iglesia serios intentos de introducir ciertos rituales legalistas por parte de los judaizantes; pero fue a partir de Constantino el Grande en la Roma imperial, que empieza a adquirir las formas paganas de templos, altares, sacramentos, ministros, clero, sacerdocio intermediario, sacrificios, con el aditamento de las riquezas materiales, canonjías,

ambiciones y rentas. Llegó el momento en que los creyentes empezaron a creer que a Dios sólo se le podía adorar en los templos hechos por manos humanas (cfr. Hechos 7:48; 17:24), allá expuesto en el altar, y que esa y sólo esa era la casa de Dios. Pero nadie puede limitar al omnipresente Dios, colocándolo en un solo lugar. Y esas ideas pasaron del catolicismo al protestantismo, aunque ya un poco más atenuadas. Los creyentes se olvidaron que el verdadero templo somos nosotros (1 Corintios 3:16), el Cuerpo de Cristo; que un Dios vivo necesita un templo vivo, que Dios es Espíritu y por tanto ha regenerado nuestro espíritu para hacer morada en él; de manera que podemos adorar al Señor en todo tiempo y en todo lugar.

¿Qué es la adoración? La adoración no consiste en cumplir ciertos rituales religiosos inventados por los hombres; ni siquiera el que se adhiere religiosamente a la letra de la ley está adorando a Dios. Dios aborrece que hagamos una farsa inclinándonos hasta el suelo, cuando nuestro corazón no es recto delante de Él. La adoración que no se haga en espíritu y en verdad, no es adoración. Uno puede inclinarse a confundir la adoración en el espíritu con nuestros propios impulsos, gustos, sentimientos, con lo que nos agrada, con lo que nos parece hermoso. La verdadera y sincera adoración sólo se puede lograr cuando nos allegamos a Dios en santidad por medio de Cristo. El Padre está buscando esos adoradores, que le adoren desde lo más íntimo de su ser, en su espíritu, sin hipocresía, sin fingimiento. Si el corazón de un creyente está corrompido, antes de que pueda adorar en espíritu y en verdad, es necesario que la sangre del Cordero lo limpie, limpie ese santuario. Porque adorar a Dios es tener contacto con Él, es tener comunión íntima con Él. El pecado rompe nuestra comunión con Dios. Para tener una buena comunión con Dios, es necesario tener una buena conciencia, una conciencia limpia y pura.

El Señor le dice a Nicodemo que para ver el reino de Dios, un reino espiritual, y entrar en él y tener comunicación con lo espiritual, hay que nacer del Espíritu (Juan 3:3,5). Una vez nacimos en la carne, cuando nacimos de nuestros padres (v.6) para entrar a participar de un mundo material y comunicarnos con los demás seres humanos y con la creación material a través de nuestros sentidos corporales, y en cierta forma también a través de nuestros pensamientos (mente) decisiones (voluntad) y de las emociones (sentimientos). Antes de ser regenerados sólo

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

éramos carne, sólo apta para participar en un mundo material; pero esa carne no tiene los medios adecuados para comunicarnos con el mundo espiritual, por muy sofisticados, nobles, morales y religiosos que aparentemos ser. Y la razón es muy sencilla: siendo Dios Espíritu, nuestra carne está inhabilitada para conocerlo, a menos que nuestro espíritu reciba la naturaleza de Dios y reciba la vida de Dios, y tenga vida, la vida increada. En la mera carne podemos asociarnos con los hombres, pero no con Dios, y mucho menos tener comunión con Él.

Para que podamos conocer a Dios y las cosas relacionadas con Dios, es necesario que Él nos lo revele por Su Espíritu, que mora en nuestro espíritu, ya como creyentes, y no tratar de conocerlo por medio de nuestra mente humana, lo cual es imposible. Al respecto leemos 1 Corintios 2:10-12: *“<sup>10</sup>Pero Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. <sup>11</sup>Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. <sup>12</sup>Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”*. El Espíritu Santo es el único que nos puede revelar las cosas de Dios, y lo hace por la intuición de nuestro espíritu, jamás por la inteligencia del cerebro. De ahí se comprende el por qué, de toda Su creación, Dios tiene especial predilección por el espíritu del hombre (Zacarías 12:1).

Si el espíritu del hombre no es regenerado, no puede tener comunión con Dios. Entonces alguien podría preguntar, ¿por qué todo creyente no tiene perfecta comunión con el Señor? Hay que tener en cuenta que aun después de nuestra salvación y regeneración espiritual, nos seguimos enfrentando con nuestras tentaciones, y a través de nuestra libre voluntad podemos manejar nuestros asuntos descuidadamente, y no darle la debida atención a la vida del espíritu y su intuición. Sólo a través del espíritu podemos saber las cosas que Dios nos ha concedido; no por medio de otro hermano, o de las facultades naturales de nuestra alma.

Revitalizado el espíritu del hombre, se perfeccionan la intuición y la comunión con Dios, y es así como entramos en el terreno de la verdadera adoración en el espíritu. Cuando somos aún unos niños espirituales, nuestros propios sentimientos hacen borrosa y confusa la

*La Vida del  
Hombre Interior*

voz de la intuición. El crecimiento y madurez espirituales son muy necesarios para conocer la voluntad de Dios en una época en que la Iglesia realmente necesita gente que tenga una perfecta comunión con el Señor. Estamos en plena guerra espiritual; sin embargo, algunos predicadores están divulgando una extraña teología carnal de comodidad material y abandono de las cosas espirituales. Tengamos en cuenta que la batalla espiritual está a la vista, y no la podemos librar siguiendo nuestra propia directriz carnal, pues nuestra lucha no es contra carne sino contra entes y situaciones espirituales (cfr. Efesios 6:12). Madurar es conocer al Señor, Sus propósitos y Sus intenciones, y no lo podemos conocer si no tenemos revelación en nuestro espíritu, si en el curso de nuestra vida cristiana anteponeamos nuestros propios sentimientos y razonamientos, y buscamos más nuestra propia comodidad.

Luego dice el versículo 13: *“Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual”*. Tú puedes tener muchos años de ser creyente, haber estudiado teología, haber predicado por espacio de muchos años, tener mucha habilidad para enseñar las cosas, pero puede que hayas usado todo el tiempo tu propia elocuencia, métodos, esquemas y sabiduría humana. Toda esa inteligencia y recursos humanos no te han servido sino apenas para entender las cosas de Dios, no para conocerlas, y mucho menos para transmitir las. Porque las cosas de Dios se reciben por el espíritu y hay que interpretarlas, explicarlas, combinarlas, asociarlas y juntarlas con las palabras que enseña el espíritu. Cuando recibes luz de Dios, la revelación del Espíritu a tu espíritu, entonces puedes enseñar las mismas cosas que habías acostumbrado enseñar, pero ahora habiendo revelación en tu espíritu, lo haces con una claridad y una profundidad que antes no tenías; y los oyentes así lo percibirán, porque ahora lo estarás haciendo con palabras espirituales, con el lenguaje del espíritu, para conseguir objetivos espirituales. Si no es con el lenguaje del espíritu, no hay vida. El Espíritu tiene Su propia terminología, Su expresión peculiar.

Pero también la eficacia de la predicación depende de la madurez espiritual de los oyentes; por eso hay que ir a veces acomodando las enseñanzas de acuerdo con lo que los hermanos puedan asimilar espiritualmente. Es lo que le ocurrió al apóstol Pablo entre los hermanos de Corinto. Lo leemos en 1 Corintios 3:1,2: *“<sup>1</sup>De manera que yo,*

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

*hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. <sup>2</sup>Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía".* Tengamos en cuenta que aunque todos los cristianos sean regenerados, no todos son espirituales y, claro, sus facultades espirituales de conciencia, intuición y comunión no están desarrolladas; esos hermanos son comparados con los niños, que deben crecer. Si tu intuición no actúa, tu comunión con Dios es defectuosa, por no decir que nula. ¡La carne es tan engañosa y exigente!

En la regeneración, Dios le ha dado vida es al espíritu, y es el espíritu el que debe desarrollarse, crecer, es la casa de Cristo en donde debe formarse Cristo en nosotros por Su Espíritu, hasta llegar a la madurez, a la plena comunión con el Señor. Dios quiere que nuestro espíritu crezca, que sea fortalecido nuestro hombre interior; esto aparte de todo poder alámico, conocimiento doctrinal, de toda habilidad oratoria y didáctica, de la posesión de los dones espirituales, que no decimos que sean malas posesiones, pero sí que son cosas externas que de nada sirven si no hay madurez y desarrollo en nuestro espíritu. Hay una fuerte tendencia hoy en día a crear y vender una buena y atractiva imagen externa, todo eso que cautiva al hombre exterior, sin que haya mayor preocupación por el hombre interior; cuando la Escritura nos insta a lo contrario, que sea desarrollada la vida de Dios en ti, que sea perfeccionada tu comunión con Dios, mientras que tu vieja creación sea llevada a la cruz, sea negada. ¿Será de Dios que alguien que predique a Cristo contrate un asesor de imagen?

**La intuición.** En importancia, la intuición es la segunda función del espíritu humano regenerado. En términos generales, ¿qué se entiende por intuición? Indiferentemente de las connotaciones filosóficas, se entiende por intuición el conocimiento inmediato de un objeto, lo que implica su *visión*; también se ha definido intuición como conocimiento inmediato de una verdad. La intuición se opone al razonamiento discursivo. Familiarmente, la intuición es la facultad para comprender las cosas al primer golpe de vista, o darse cuenta de ellas cuando aún no son evidentes para todos.

El espíritu humano, después de haber sido regenerado y poseer la vida de Dios, también desarrolla esa facultad de conocer y discernir directamente lo que el alma por sí sola no puede. No se trata aquí de un conocimiento de las cosas de origen externo. Recordemos que el

*La Vida del  
Hombre Interior*

Espíritu de Dios mora en el espíritu del creyente. Por ejemplo, leemos en 1 Corintios 2:11: “*Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios*”.

Si un creyente descuida el espíritu humano y el Espíritu de Dios, y opta por vivir sólo en su mente y por medio de sus conocimientos y sus propias emociones, no puede tener la experiencia de la vida de Dios en la Iglesia. Por la intuición el espíritu desarrolla ciertos sentidos similares a las facultades del alma, pero no se debe confundir lo uno y lo otro. La mente del alma sólo puede conocer las cosas superficiales, en cambio el espíritu, que es la parte más profunda del ser humano, penetra lo más íntimo del hombre, y a la vez puede captar toda información que el Espíritu Santo le transmite de parte de Dios.

Como todos sabemos, hay sentidos anímicos que pueden ser sensibilizados por causas externas, superficiales, provenientes de nuestro entorno, de agentes externos como personas, cosas o sucesos; pero un creyente espiritual tiene capacidad para experimentar una serie de sentidos de origen profundo, provenientes del hombre interior, y en ese lugar íntimo y recóndito nuestro espíritu puede conocer (Marcos 2:8), gemir (Marcos 8:12), regocijarse (Lucas 1:47), adorar (Juan 4:23), estremecerse y conmovirse (Juan 11:33), enardecerse (Hechos 17:16), proponerse (Hechos 19:21), cantar (1 Corintios 14:15), bendecir (1 Corintios 14:16), tener reposo (2 Corintios 2:13), amar (Colosenses 1:8) y muchas otras cosas que se van desarrollando en la medida en que vamos madurando a través de la actividad de la cruz y del trabajo del Espíritu Santo en nosotros.

Para el creyente, no andar en el espíritu no tiene valor espiritual; y todo lo que no sea andar en el espíritu pertenece a la vieja creación. Puede que estés confundido y tomes tu actividad del alma como si fuese del espíritu. De modo, pues, que la intuición del espíritu proviene directamente de Dios, la cual captamos mediante una voz sin sonido que nos lleva a realizar algo que a primera instancia nos parece anormal, ilógico.

Con nuestra mente pensamos algo, lo razonamos e intentamos realizar lo que pensamos; eso es lo normal en nuestra alma; pero la intuición es la función del espíritu mediante la cual el Espíritu Santo

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

expresa el pensamiento de Dios. De modo que es importante poder diferenciar lo que proviene del Espíritu Santo por la intuición, de lo que proviene de nuestra propia mente, e incluso de lo que proviene de los susurros de Satanás. Dios jamás nos habla a través de la mente o de nuestras emociones en el hombre exterior, sino desde el hombre interior. Dios mora en nuestro hombre interior, y ahí nos habla.

Como nuestro espíritu regenerado es la eterna morada del Espíritu Santo, simbolizado a su vez por el aceite de la unción de Éxodo 30:23-25, por eso el Nuevo Testamento habla de la unción que recibimos de Dios, la cual nos enseña todas las cosas. En el Antiguo Testamento, el aceite era el combustible que garantizaba el fuego y la luz en el candelero, y con el que además ungían a los sacerdotes; en el Nuevo Testamento la unción es la presencia del Espíritu Santo en nuestro espíritu que garantiza la luz de Dios en la vida de la Iglesia. Leemos en 1 Juan 2:20,27:

*“<sup>20</sup>Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. <sup>27</sup>Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”.*

Esto no se refiere a que no debemos recibir enseñanzas doctrinales, pues para eso Dios ha puesto maestros en la Iglesia. Aunque la unción puede usar la intuición para darnos discernimiento sobre si determinado maestro es puesto por Dios o no. Una cosa es recibir enseñanza doctrinal y orientación teológica bíblica de parte de maestros dados por el Señor a la Iglesia para edificación de los santos, y otra es ser informado por la intuición de lo que Dios nos quiere decir personalmente. Nadie más puede decirte lo que Dios te habla por la intuición, sino el Señor mismo. Cuando alguien más te habla diciendo que es de parte de Dios, es peligroso que te hable con presunción y te haga un daño. Y mucho daño se ha hecho en la Iglesia en ese sentido. Los ejemplos abundan en todas partes.

Miremos la relación que existe entre la intuición y la unción del Espíritu Santo que nos enseña a través de la intuición. Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo no los podemos conocer por medio distinto de la

*La Vida del  
Hombre Interior*

unción en la intimidad de nuestro espíritu, pues toda enseñanza exterior por medio de palabras apenas llega a la mente del alma, y puede contener errores y desorientaciones; en cambio la unción nos enseña la verdad de Dios en Cristo por Su Espíritu. Por la intuición del espíritu podemos conocer las cosas de Dios, mientras que por la mente sólo podemos entenderlas. El mero entendimiento o comprensión de la mente no nos proporciona seguridad de acción, sino duda, inestabilidad emocional, inseguridad y hasta desánimo frente a los obstáculos; en cambio el conocimiento de la voluntad de Dios por la intuición nos lleva a actuar según la intención del Espíritu Santo en nuestro espíritu.

Aunque debemos aclarar que a veces el Espíritu Santo nos enseña algo que llegamos a entenderlo posteriormente. De manera que podemos recibir y conocer el pensamiento de Dios por la intuición de nuestro espíritu, y simultáneamente, o en fecha posterior, entenderlo en la mente de nuestra alma. Pero téngase en cuenta que cuando el Espíritu Santo te diga algo por la intuición de tu espíritu, no debes procurar que otro te instruya sobre el asunto, pues el mismo Espíritu te aclara todo y te lleva a diferenciar la verdad de las mentiras. Para que conozcamos las cosas de Dios, no nos sirve nuestra inteligencia, y mucho menos la de otros, independientemente de la capacidad intelectual natural que tengamos. De otro modo, los sabios de este mundo serían los indicados para conocer las cosas de Dios. *“<sup>10</sup>Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. <sup>14</sup>Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”* (1 Co.2:10,14).

El discernimiento espiritual no es otra cosa que la unción que te habla por medio de la intuición, para que puedas diferenciar la verdad de Dios de las mentiras, y conocer a los demás sin que necesariamente estés indagando por sus vidas. Es ese conocimiento directo que te llega de golpe sobre algo o alguien, sin que medien prejuicios ni previos avisos ni conjeturas. Es la operación de tu intuición.

También en ese aspecto quiere el Padre que seamos la misma imagen de Su Hijo. El Señor Jesús conocía muchas cosas por la intuición de Su espíritu humano. *“Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?”* (Marcos 2:8). Vemos, pues, que la

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

unción habla por la intuición, y eso es lo que produce la revelación, la auténtica revelación de Dios, la cual no se recibe por medio de estudios académicos, ni por capacidades intelectuales, ni razonamiento humano alguno. Dios quiere revelárenos para atraernos a la verdadera unión y comunión con Él. Cuando un creyente tiene revelación de Dios, se perfecciona su unión con Dios cada día más; y su testimonio se va perfeccionando tanto, que llega a ser como un espejo para los demás.

Cuando hay revelación en el creyente, en su espíritu percibe la realidad del reino espiritual. Cuando hay revelación por la intuición, se le quita un velo de apariencia religiosa a la persona, y pasa de un mero entendimiento de la Biblia y de las cosas de Dios a un significativo conocimiento de las profundidades y verdaderas dimensiones del Señor. Dice en Juan 17:3, que esa es la vida eterna. Para lograrlo, para recibir la revelación de Dios, es necesario buscar ese andar íntimo con Dios, buscar esa íntima comunión con el Señor; uno debe tratar de tomar la iniciativa de apartarse de los caminos por donde Dios no frecuenta. El creyente mundano se apoya más en la razón, y no entiende cómo el Espíritu Santo te va revelando cosas por la intuición de tu espíritu. No hay otra forma de conocer a Dios. El alma tiene sus funciones de voluntad, mente y emociones, y son muy importantes en el hombre, pero es necesario que toda el alma se someta al espíritu y ejecute la voluntad del espíritu. Recuerda, hermano, que los pensamientos humanos son totalmente diferentes de los de Dios (Isaías 55:9).

Vemos, pues, que es necesario tener una perfecta comunión con Dios, una amistad íntima con el Señor (Juan 15:14,15), y para ello es necesario que nuestra conciencia haya sido tratada, sanada, iluminada, fortalecida, madurada, lo cual se logra en primera instancia, confesando nuestros pecados y apartándonos de ellos y del mundo y de la excesiva preocupación por las añadiduras, pues el pecado oscurece nuestra conciencia y rompe la comunión con el Señor. Una conciencia tenebrosa no tiene luz para guiarnos a la santidad. Incluso los hermanos inmaduros, niños en la fe, no pueden discernir muchas veces si algo es pecado o no, y necesitan la ayuda de otros que supuestamente lo puedan saber. No tienen capacidad ni luz en su propio ser para ser guiados. Por eso es necesario que por el Espíritu nos apropiemos de todo el contexto de Juan 1:1-10, del cual transcribimos los versículos 5-7:

*“<sup>5</sup>Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos:*

*La Vida del  
Hombre Interior*

*Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. <sup>6</sup>Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; <sup>7</sup>pero si andamos en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.*

Una vez tratada la conciencia, que haya transparencia en ella, se reanuda la comunión que se había roto con el Señor. Para que funcione la intuición apropiadamente, y se perciba directamente la voluntad de Dios, es necesario que nuestra comunión con el Señor no esté cortada. ¿Si ven la relación que hay entre la conciencia, la comunión y la intuición en el espíritu? Si la intuición en tu espíritu funciona correctamente, tú no tienes necesidad de estar continuamente consultando la voluntad del Señor a través de otros, corriendo el riesgo de ser desorientados y llevados a errores. Entonces, ¿cómo funciona la intuición? Es el Espíritu Santo hablándonos los secretos de Dios en nuestro espíritu regenerado. Eso ocurre debido a que la unción permanece en nosotros, como lo leemos en 1 Juan 2:20,27:

*“<sup>20</sup>Pero nosotros tenemos la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. <sup>27</sup>Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”.*

Por último, ese conocimiento intuitivo es interior, en el espíritu, pero es necesario que se convierta también en un conocimiento mental, y para ello necesitamos que nuestra mente, nuestro intelecto en el alma, sea una mente renovada, a fin de que tenga la capacidad de interpretar ese conocimiento interior, y lo podamos entender.

### El corazón

Hemos visto cómo la Biblia nos habla de las tres partes del hombre: espíritu, alma y cuerpo. El espíritu se compone de tres partes o funciones, y asimismo el alma; pero hay una composición entre el alma y el espíritu humano que se llama corazón; de tal manera que el corazón está compuesto por todas las partes de alma (mente, voluntad y emoción) más la conciencia, que es la parte principal del espíritu.

### *El espíritu humano en el hombre interior*

La Palabra de Dios nos enseña que las tres partes del alma hacen parte del corazón. La mente es una facultad del alma (Proverbios 2:10; 19:2; Salmos 139:14; 13:2; Lamentaciones 3:20). La Biblia nos dice que el corazón piensa (con la mente). Por ejemplo, en Hebreos 4:12 habla de *“los pensamientos y las intenciones del corazón”*. También en Mateo 9:4, dice el Señor: *“¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?”*

La voluntad es parte del alma. El alma es el asiento de la voluntad y del propósito (Mateo 22:37; Hechos 4:32). El alma puede escoger, realizar, buscar (Job. 7:15; 6:7; 1 Cró. 22:19). También encontramos que el corazón tiene voluntad, de manera que tiene facultad para decidir, proponerse hacer algo o tomar cualquier determinación. Ya lo vimos en la cita de Hebreos 4:12, donde habla de *“las intenciones del corazón”*. También en Hechos 11:23 dice que: *“exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor”*.

El alma es el asiento del elemento sensible en el hombre, aquello mediante lo cual percibe, refleja, siente, desea, ama, odia. Dice el Señor en Mateo 11:29: *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”*. Asimismo, como en el alma, en el corazón se manifiestan las emociones, como el gozarse, entristecerse, odiar, amar. Por ejemplo, Juan 16:6 habla de: *“tristeza ha llenado vuestro corazón”*; y en el verso 22: *“y se gozará vuestro corazón”*.

La conciencia no sólo hace parte de nuestro espíritu, sino también de nuestro corazón. Dice 1 Juan 3:20: *“Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas”*. La parte del corazón que nos reprende es la conciencia, la cual hace parte tanto del espíritu como del corazón. Tener un corazón no significa que tengamos un cuarto órgano. Un alma renovada tiene perfecta relación con el espíritu; y de ahí que conectada estrechamente con la conciencia del espíritu, se le llame corazón.

Cuando la conciencia nos condena, es Dios mismo que lo está haciendo, porque por medio de la conciencia se ejerce el gobierno de Dios. En esta forma tu corazón te hace estar consciente, te alerta de que en tu andar hay algo que está poniendo en peligro tu comunión con Dios. Así sea un mero pensamiento. Todo pecado comienza en la mente, y por muy sutil que sea, por muy “venial”, la conciencia en el corazón

### *La Vida del Hombre Interior*

condena ese pensamiento de extravío. Ese pensamiento hay que llevarlo cautivo a Cristo antes de que nos haga perder la comunión con Dios. Debemos enseguida pedir ayuda al Señor. Él lo ha provisto todo.

*“Acerquémonos al Lugar Santísimo con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia con la aspersion de la sangre, y lavados los cuerpos con agua pura”* (Hebreos 10:22).

Una conciencia manchada con pecados, está bajo la presión de la acusación, y en esas circunstancias estorbará a la comunión con Dios, y el creyente tiene un impedimento para acercarse a Dios por el espíritu, ya que por medio de nuestros propios pensamientos y sentimientos no lo podemos hacer. Cuando no hay claridad en nuestra conciencia, nuestro corazón no es sincero delante de Dios. En esas condiciones, el corazón está lleno de temores y de dudas. No hay paz ni tranquilidad en nuestra comunicación con el Señor; y nuestro espíritu trabaja con todas sus herramientas a fin de erradicar de nosotros el pecado. Es necesario que le pidamos al Padre que fortalezca nuestro hombre interior, a fin de que sea renovada nuestra alma, y en esa forma venga el Señor Jesús a morar, a hacer habitación en nuestro corazón, y gobierne todo nuestro ser, conforme lo explica la Palabra de Dios en Efesios 3:14-19.

Vemos, pues, que al Señor le interesa nuestro corazón, que viene a ser la puerta vital de nuestro ser, por donde entra y sale todo a nuestro interior y sale de él. El corazón es el órgano regulador. <sup>20</sup>*Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. <sup>21</sup>Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios”* (Marcos 7:20-21).

El corazón es donde se siembra el evangelio; esa es la puerta de entrada de la Palabra de Dios, bajo la convicción del Espíritu. *“Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón”* (Mateo 13:19). Un corazón endurecido es un corazón cerrado al evangelio. Si el corazón no se abre, no puede entrar la Palabra de Dios. Para que haya salvación y regeneración en el espíritu, es indispensable que el corazón lo estimule.

Pablo dice en 2 Corintios 3:15-16: <sup>15</sup>*Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. <sup>16</sup>Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará”*. Lo primero,



### *El espíritu humano en el hombre interior*

pues, que debe convertirse al Señor es el corazón, y entonces el velo es quitado, pero continuamente hay que volver el corazón a Dios. Hay que ejercitar la fe, en el corazón, como dice Romanos 10:9-10: “*Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.*”<sup>10</sup> *Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación*”. De ahí la importancia de procurar tener un corazón puro, no solamente limpio, pues lo mezclado, lo aleado, puede estar limpio pero no necesariamente puro, pues la persona puede tener más de una meta en su vida. Cualquier hermano puede que sinceramente esté decidido en su corazón a servirle a Dios y a la vez no tenga claridad acerca de sus otros intereses, ilusiones, metas en su vida personal y afectiva; puede que aún en su balanza personal pesen por igual los intereses del Señor y los propios. Por eso Mateo 5:8 es mejor traducirlo: “*Dichosos los de corazón puro*” [del griego *cataroi, καθαροὶ*], de donde proviene la palabra Cátaros, los puros. Cuando un hermano tiene más de un propósito en su vida, eso significa que tiene por lo menos algún propósito fuera del Señor, y no puede evitar ser confundido y hasta enredado, por muy limpias que parezcan esas metas en su corazón. La única meta del creyente debe ser el Señor mismo; lo demás son añadiduras y hasta ambiciones; sea lo que sea.

### **El fruto del hombre espiritual**

Muchos hermanos quieren conocer las características de una persona espiritual, madura. Uno en la iglesia necesita distinguir a nuestros hermanos espirituales de los que no lo son. A veces hay desorientación pensando que porque alguien hable en lenguas o profetice, o ejercite cualquier don espiritual, se debe a que es “muy” espiritual. Eso es discutible a la luz de la Palabra de Dios. Me tomo la osadía de llamarle al fruto del Espíritu de Dios, fruto del hombre espiritual, pues en verdad el fruto del Espíritu se refleja en el hombre que ama a Dios. ¿Qué es el fruto del Espíritu? Cuando eres lleno del Espíritu de Dios, es otra Persona diferente de ti que está invadiendo tu interior, te está impregnando de la naturaleza divina y está transformando hasta tu modo de caminar. El fruto que tú producías antes no le agradaba a Dios; era pura obra de la carne. En el creyente cristiano hay una naturaleza nueva, la divina, que es activada por el Espíritu de Dios en nuestro espíritu

### *La Vida del Hombre Interior*

humano; y cuando esa naturaleza se desarrolla en la persona, en su hombre interior, empieza a dar un fruto. “*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,*”<sup>22</sup> *mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley*” (Gá. 5:22,23).

Fruto es aquello que es producido por la energía inherente de un organismo vivo, sea vegetal, animal o humano. Cada especie da su fruto de acuerdo con su naturaleza. Resulta hasta pueril decir que un humano no puede dar un fruto animal y menos vegetal. Todos los humanos damos hijos humanos; pero en la esfera moral y espiritual no todos los humanos damos los mismos frutos espirituales. El hombre natural está muerto espiritualmente en sus delitos y pecados (Efesios 2:1), entonces ¿qué fruto espiritual puede dar? ¿Cuál es su energía inherente? La ley del pecado y de la muerte que lo induce a seguir “*la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia,*”<sup>3</sup> *entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*” (vv. 2,3). En nosotros los humanos que hayamos creído en Cristo, y tengamos una unión vital con Cristo (Juan 15:2-8,16), el fruto de esa madurez espiritual se manifiesta en obras o actos que sugieren que en nosotros se reproduce la unidad del carácter del Señor. Si en nuestro interior obra el poder invisible del Señor por Su Santo Espíritu, entonces externa y visiblemente en nosotros se expresa el fruto del santo carácter que lo produce en nuestro interior. Si lo que anida en tu corazón son las concupiscencias soterradas, el fruto será las obras de la carne que enumera el contexto de Gálatas 5:16-21. Pero el fruto del Espíritu son las diferentes expresiones de la vida de Dios que opera cada día con más fuerza desde lo más profundo de tu ser; desde el hombre interior donde Él ha venido a morar; desde el verdadero Lugar Santísimo.

### **La vida en el Espíritu**

Quando leemos atentamente los capítulos del 1 al 8 de la carta de Pablo a los Romanos, nos damos cuenta que en los tres primeros capítulos nos dice cómo ha llegado el hombre a pecar; a partir del tres y hasta el cinco nos muestra el camino de salvación por el Señor Jesús; la crucifixión de Cristo aparece en los capítulos seis y siete. En el

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

capítulo 8 nos enseña la obra del Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo morando en el creyente no se podría operar la salvación, pues subjetivamente en el hombre hay una condenación generada por la ley maligna del pecado que mora en nosotros. Por eso el capítulo empieza diciendo: *“<sup>1</sup>Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. <sup>2</sup>Porque la ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte”*.

El hombre fue creado como un ser tripartito (Génesis 2:7), y cada una de sus partes que recibió de Dios, espíritu, alma y cuerpo, tiene vida diferente. Aunque el alma es la vida de la persona, sin embargo el cuerpo se rige por los principios de la vida biológica, distintos de los principios psíquicos de la vida del alma. ¿Y el espíritu humano? El espíritu del hombre es algo especial, y la vida espiritual está relacionada directamente con la vida de Dios. Todo el universo y la creación entera fueron hechos por Cristo y para Cristo, pero nos da a entender la Palabra de Dios que todo el universo, en la forma en que fue creado, la distribución de las galaxias, los sistemas solares y planetarios y sus leyes implícitas, fue con el fin de que en este puntico llamado tierra pudiera haber condiciones de vida humana, animal y vegetal, de tal manera que pudiera vivir el hombre, y Dios formara el espíritu del hombre dentro de él con un fin específico. Por ejemplo, dice Zacarías 12:1: *“Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él”*. ¿Cuál es el fin específico de Dios con el espíritu del hombre? Dios hizo al hombre para hacer morada en su espíritu. La vida del espíritu humano es la misma vida de Dios, la vida increada. Un espíritu sin la vida de Dios está muerto; la vida del espíritu no es la biológica ni la psíquica, es la vida divina, pues para eso fue formado en el hombre. Dios se lo dijo a Adán: *“<sup>16</sup>De todo árbol del huerto podrás comer; <sup>17</sup>mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”* (Génesis 2:16,17). Adán comió de ese fruto prohibido. ¿Y murió? Sí, murió enseguida pero espiritualmente, pues su muerte física sobrevino después de más de novecientos años; y sin la vida espiritual se vieron incompletos, desnudos, a merced de ellos mismos, tratando de cubrirse con hojas de higuera, corriendo tras soluciones humanas para solucionar los ingentes problemas que les sobrevinieron.

Dios posee vida (en griego *zoe*, ζωή) en el sentido absoluto, vida

*La Vida del  
Hombre Interior*

increada, vida eterna; Dios tiene vida en sí mismo, pues no la recibió de nadie, y esa misma vida la dio al Hijo encarnado. *“Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo”* (Juan 5:26). Pero esa vida eterna de Dios no la retuvo el Hijo encarnado, sino que la manifestó a la Iglesia, a los redimidos. *“<sup>1</sup>Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida <sup>2</sup>(porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)”* (1 Juan 1:1-2). Desde que el hombre cayó en el huerto del Edén quedó alienado, enajenado de esta vida divina. El verdadero significado de Efesios 4:18 es que los gentiles, los que no han creído en Cristo, están *“entenebrecidos de entendimiento, ajenos de la vida (original, zoé) de Dios, a causa de la ignorancia que hay en ellos, a causa de la dureza de su corazón”*. Si alguien llega a creer en el Señor Jesucristo, inmediatamente empieza a ser participante de esta vida eterna, increada. *“<sup>14</sup>Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, <sup>15</sup>para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:14-15). De esa manera Cristo viene a ser la vida del creyente (Colosenses 3:4).

La Palabra de Dios insiste en que la vida que Dios nos da por Su Hijo, es la misma vida de Él, la eterna, pues la causa por la cual el hombre la había perdido, ya el Señor la quitó en la cruz del Calvario. Leemos en Juan 6:40,63: *“<sup>40</sup>Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. <sup>63</sup>El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”*. De manera que para que la posesión de la vida eterna sea una realidad presente en el creyente, depende de su relación con Cristo. *“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”* (Juan 5:24). *“<sup>27</sup>Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, <sup>28</sup>y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”* (Juan 10:27-28). De manera que la vida eterna que Cristo nos da no nos la quita jamás; nos da un regalo eterno; no vendremos a condenación y no pereceremos jamás.

### *El espíritu humano en el hombre interior*

La vida eterna, la vida de Dios en el creyente es Dios mismo morando en nuestro espíritu humano por Su Espíritu; y con el Espíritu Santo, también vienen el Padre y el Hijo a morar en cada creyente. *“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”* (Juan 14:23). Dios no puede darnos Su vida increada a menos que Él mismo venga a morar dentro de nosotros; es la naturaleza divina la única que le puede dar vida a nuestro espíritu. *“<sup>3</sup>Como todas las cosas que pertenecen a la vida (original zoé) y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, <sup>4</sup>por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”* (2 Pedro 1:3,4). Cuando empezamos a participar de la naturaleza divina, esa poderosa vida eterna nos libera de la corrupción del mundo; esa vida empieza a desarrollarse en nosotros, a llenarnos del conocimiento de Dios por Su Espíritu y por Su Palabra, y llegamos a participar y a disfrutar de las riquezas de Dios. Es todo un proceso, un desarrollo de esa vida en nosotros. Antes de creer, nuestro espíritu estaba en nosotros como un cascarón muerto; pero desde el momento que experimentamos la regeneración espiritual, nuestro espíritu es convertido en morada de Dios, y el Espíritu Santo y el nuestro vienen a ser uno solo; y de alguna manera, por la conciencia espiritual, el Espíritu nos va enseñando la diferencia entre la vida de la carne y la del espíritu. Y nuestra conducta va experimentado una transformación. *“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”* (Romanos 8:9). El verbo morar en el original griego es *oikeo*, habitar en su casa. El Espíritu Santo hace de nuestro espíritu Su propia casa, Su hogar. Empezamos a tener dentro de nosotros no sólo un huésped, sino a Alguien que es el dueño de una morada que antes estaba vendida al pecado; el nuevo dueño ha pagado el rescate de nuestra liberación, y se instala en Su casa, que es nuestro espíritu, y empieza a prepararlo todo a fin de que Cristo more también en nuestro corazón (Efesios 3:17).

Ya colectivamente, como el candelero en nuestra localidad, todos los creyentes constituimos el templo de Dios en esa ciudad o aldea; y es por

### *La Vida del Hombre Interior*

eso que Pablo en 1 Corintios 3:16 dice: *“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”* ¿Por qué esta pregunta afirmativa del apóstol? De acuerdo con contexto del capítulo 3 de su primera carta a los Corintios, viene hablando del crecimiento en la vida divina, que sólo lo puede operar Dios en nosotros por la vida del Espíritu; y habla de la edificación del templo de Dios, cuyo fundamento es único, Jesucristo, pero debido a los diferentes edificadores, puede resultar un edificio diferente al usar materiales diferentes. Por ejemplo, cuando dice que en vez de materiales preciosos de oro, plata y piedras preciosas, los cuales corresponden a la naturaleza y los propósitos de Dios, los edificadores se desvíen usando materiales sin valor como madera, heno y hojarasca, eso significa que en vez de edificar al santuario de Dios conforme a la naturaleza de Dios y a lo que Él ha revelado, los edificadores intentan edificar la iglesia con elementos religiosos, doctrinas, principios y filosofías que difieren con las enseñanzas fundamentales de los apóstoles. Eso destruye, corrompe, arruina, profana y estropea la iglesia del Señor. Por eso el versículo 17 dice: *“Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, sato es”*.

Entonces, hay un constante llamado en la Palabra de Dios a que andemos en el Espíritu. *“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”* (Gálatas 5:16). El Espíritu Santo mora en nuestro espíritu humano, y desde allí nos guía y nos acerca cada día a la perfección de Cristo. El Padre quiere hacernos imagen de Cristo, pero muchas veces la carne se opone; todavía quedan rezagos del hombre caído en nosotros, que hay que hacer morir por la acción del Espíritu en nosotros.

### **Servir en adoración**

Hay un servicio en adoración, en esa área del espíritu humano regenerado, como cuando Pablo dice en Romanos 1:9: *“Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones”*. Aquí la predicación del evangelio por parte de Pablo no es considerada meramente una obra, sino una adoración y servicio a Dios. Cuando nuestro espíritu ha sido regenerado, significa que ya Cristo y el Espíritu

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

Santo están morando allí. Ese debe ser el centro de operaciones de un cristiano vencedor. A veces nuestra adoración, nuestra prédica, nuestra oración, la dirección de nuestros actos, pueden salir del alma, de la mente, del corazón, de la parte emotiva, de la vida natural, de una voluntad no renovada, y no del espíritu. A veces podemos estar caracoleando en el alma, sin que haya una auténtica adoración en el espíritu.

Romanos 7:6, nos da mucha claridad sobre esto. Allí dice: “*Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto a aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos en la novedad del espíritu y no en la vejez de la letra*”. Habiendo sido crucificado el viejo hombre (Romanos 6:6) junto con Cristo, ya regenerados en el espíritu, por la resurrección de Cristo nuestro nuevo hombre está libre de la ley que regía al viejo hombre; de ahí que este versículo hable de novedad del espíritu, y sólo en esta novedad del espíritu es como le podemos servir a Dios. Al ser el viejo hombre crucificado con Cristo, hay novedad de espíritu y novedad de vida, y sólo así podemos servir al Señor. Dios no recibe otra clase de servicio. Cuando tenemos comunión con el Señor en nuestro espíritu, le servimos al Señor. Servir al Señor es adorarlo.

El servicio a Dios trasciende nuestros intereses. Nuestra vieja naturaleza adámica nos induce a correr tras toda clase de prosperidad, tras el poder y la fama, tras el ser felicitados, admirados, galardonados, tenidos en cuenta, buscando siempre los primeros puestos; es como una enfermiza obsesión colectiva y genética; pero la prosperidad material, la gloria y fama terrena, el arribismo mundano, todo eso es enemigo de la meditación, de la toma de conciencia, de los verdaderos valores. La prosperidad de este mundo es un espejismo que te impulsa a olvidarte de Dios. Algunos han tenido que quedar en la ruina para poder pensar, para llegar a ser convencidos, para poder recibir un rayo de luz.

Debemos tener siempre presente (perdonen que sea tan repetitivo) que el ser humano está constituido de tres partes: el cuerpo, el alma y el espíritu (1 Tesalonicenses 5:23), y que esas tres partes corresponden con las tres partes del templo portátil o tabernáculo que por orden de Dios, Moisés construyó en el desierto (Éxodo 25): el cuerpo con el atrio, el alma con el lugar santo, y el espíritu con el Lugar Santísimo; de manera que el tabernáculo en el Antiguo Testamento, no es sólo un tipo de Cristo, sino también de los cristianos, que en su conjunto forman la

*La Vida del  
Hombre Interior*

iglesia, que es el verdadero templo de Dios.

¿Has oído hablar de la *shekiná* de Dios? Es la gloria de Dios manifestada en el arca del testimonio, en el Lugar Santísimo. En el Nuevo Testamento eso se cumple en nuestro espíritu humano, ya como creyentes, pues Él ahora vive en nuestro espíritu regenerado, la parte más profunda de nuestro ser, el cual es el verdadero Lugar Santísimo, del cual el antiguo sólo era la sombra, el tipo. En el tabernáculo, entre el lugar santo y el Lugar Santísimo había una separación constituida por un velo, que nadie podía franquear sino sólo el sumo sacerdote aarónico una vez al año, el día de la expiación. La *shekiná*, pues, no se manifestaba en el lugar santo; ese no era el lugar apropiado ni escogido por Dios; allí no se podía percibir la gloria de Dios ni Su presencia. Nosotros en nuestra alma no podemos hacer real nuestra experiencia del Cristo viviente, mientras no haya una verdadera diferenciación entre el alma y el espíritu.

Si no podemos discernir entre lo relacionado con el alma y lo relacionado con el espíritu, si no podemos tener claridad entre el mover de nuestro yo en el alma y el mover del Señor en nuestro espíritu, no podemos llegar a negar y renunciar a nuestra alma y depender de ella, como nos lo exhortan los cuatro evangelios reiteradamente, y no podríamos andar conforme al espíritu y disfrutar de la vida de Dios, como nos animan las epístolas. Es un proceso que se lleva a cabo en nuestras vidas con la intervención del Espíritu Santo. El Espíritu Santo ha venido para eso. Y ese proceso no significa de ninguna manera que al final cada una de las tres partes de nuestro ser vaya a quedar funcionando independientemente de las otras dos, no; sino que el alma y el cuerpo deben ser saturadas de la vida de Dios que habita en el espíritu, y habrá en el creyente maduro una perfecta sincronización y obediencia entre el espíritu, el alma y el cuerpo.

El sumo sacerdote aarónico no podía llegar al Lugar Santísimo si antes no pasaba por el atrio y por el lugar santo. Ese era el camino. No se puede llegar a una madurez espiritual, a una resurrección de vida, ni a una genuina adoración espiritual, si antes no pasamos por el atrio, por la cruz, por la sangre, por la muerte. Para que un creyente cristiano pueda pasar del atrio al lugar santo, debe despojarse de todas las cosas relacionadas con el mundo. Todo lo que nos liga con el mundo debe pasar por la cruz; es entonces cuando comenzamos realmente a tener

*El espíritu humano  
en el hombre interior*

comuni3n con el Se1or, a alimentarnos del Se1or Jes1s como nuestro diario man1, a conocer al Se1or, a desear que se haga Su voluntad en nuestras vidas. Es entonces cuando Su Palabra se convierte en una delicia y una necesidad diaria para nosotros. 1Por qu1? Porque cada d1a disminuyen m1s las tinieblas en nosotros y la luz del Se1or aumenta en nuestro coraz3n.

En el atrio son tratados nuestros pecados, nuestra amistad con el mundo y las ilusorias aspiraciones de la carne, y en el lugar santo encontramos el alimento del Se1or (los panes de la proposici3n), la luz de Su Esp1ritu y Su sabidur1a (el candelero), y la fragancia de la resurrecci3n, y en donde nuestras oraciones (el altar del incienso) llegan hasta la presencia del trono de la gracia. Pero para poder llegar al Lugar Sant1simo y tener 1ntima comuni3n en el esp1ritu con el Se1or es necesario primero que la carne sea quebrantada. El hombre exterior es el otro velo de separaci3n entre el lugar santo y el Lugar Sant1simo. Una adoraci3n sin que sea quebrantado el hombre exterior, es carnal. Se puede hacer, y externamente puede ser muy atractivo, y la carne se goza, pero es superficial, no llega al Se1or. Debemos tener en cuenta que en el lugar santo hay pan, hay luz y hay olor fragante de resurrecci3n; pero en el Lugar Sant1simo est1 el verdadero man1 escondido (vida de Cristo en nuestro esp1ritu), est1 la ley escondida en nuestro coraz3n (las tablas) [Hebreos 8:10; 10:16; 1 Juan 2:20,27], y la verdadera vida de resurrecci3n (la vara reverdecida) por el Esp1ritu.

Alguien puede pensar que ser salvo ya es suficiente; pero est1 lejos de la realidad del prop3sito de Dios para nosotros. El Se1or quiere que todos lleguemos al Lugar Sant1simo y tengamos intimidad con 1l, y conozcamos al Padre y a Su Hijo Jesucristo por el Esp1ritu. La vida eterna y el reposo no se encuentran en el desierto. Los israelitas salieron de Egipto, y ya no estaban en el mundo; fueron bautizados en el Mar Rojo, en el desierto comieron del man1 del cielo y bebieron del agua de la Roca viva, pero no hab1an llegado a Cana1n, y muchos de ellos perecieron antes de entrar en el reposo y comer de la buena tierra. Alejarse del mundo es s3lo una cara de la moneda; la otra es atravesar dos velos hasta llegar a la verdadera comuni3n con el Se1or. Entonces no basta que sean tratados nuestros pecados en el atrio, y el mundo en el lugar santo, sino que para llegar a ser verdaderos adoradores en Esp1ritu y en verdad, es necesario que en el segundo velo seamos

*La Vida del  
Hombre Interior*

tratados nosotros mismos, nuestro yo, el hombre exterior, la vida del alma, el hombre ad1mico y natural heredado, la carne, el ego del viejo hombre; es necesario que nos neguemos a nosotros mismos, y la mera vida religiosa no tiene poder para que estas cosas se efect1en en nosotros.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.  
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.  
This page will not be added after purchasing Win2PDF.